

CAPITULO III.

Burlas de cierto criado de Rímimi, que nos contaron durante nuestro viage por la Romanía, y por otros Lugares de Italia. Encuéntrome en Génova con un Sugeto, tengo noticia de Irene, y dónde la hallé. Hacemos segundo viage á Polonia, y traicion del Médico de Franstad.

Habiendo llegado un día á cierto Lugarillo poco distante de Faenza, le hallamos todo alborotado, nos informamos del mesonero cuál era la causa de aquel bullicio y conmocion; y éste nos respondió, que se andaba en busca de cierto criado de un Caballero que tenia allí su casa de campo, y venia todos los años á pasar en ella algunos días, al que el tal criado, que era muy truhan, hizo una pesada burla, además de las muchas truhanerías que habia hecho anteriormente, de las que teniamos noticias aun antes que entrase á servir á dicho Señor. ¿Pues por qué no avisasteis de eso al buen Caballero (repliqué yo) como lo pedía la caridad que todos debemos tener con nuestros próximos? Porque es un Señor, me respondió, que no hace caso de lo que le dicen,

sea

sea quien fuere el que le habla, y solo se gobierna por su capricho, no agradándole cosa alguna sino aquellas que él hace. Es uno de aquellos hombres que á ninguno cree, y siempre hace todo lo contrario de lo que otros le dicen, tanto, que quando vivía su muger, si ésta quería un vestido, se veía precisada á decir que no le quería, y si la gustaba un plato, era menester decir que no la gustaba, para que al punto se le sirviesen y se le presentasen. Esa Dama tenia entendimiento, repuse yo, pues sabia coger á su marido por el lado flaco, y no era como tantas otras mugeres que se empeñan y se obstinan en ir en todo y por todo contra el genio del marido. Asi es verdad, dixo el mesonero, y la tal Señora supo fabricarse su quietud y su sosiego, no ya como otras, acomodándose en todo al capricho de sus esposos, sino procurando su propia conveniencia por un medio enteramente contrario. Pero si sus mercedes gustan de saber otras proezas del Riminense mientras se dispone la cena, yo les podré servir con algunas, que no poco los divertirán. Luego que le oí esto, me acordé de aquel otro mesonero parlador con quien se encontraron Scipion y Don Abél, pareciéndome que este nuestro era muy semejante. Y como á uno que viaja nunca le disgusta informarse del carácter de las personas, antes bien éste debe ser uno de los principales objetos de los viajantes, pareciéndome que el Baron gustaría tambien de oír al mesonero, le dixé que nos las contase.

D 2

El

El tal Riminense (dixo) se sabe que fue hijo de un mal Hebreo, que se hizo despues peor Christiano. Su madre antes de casarse era una muger maudana, y despues que se casó, solamente la sirvió el matrimonio para cobertera de su deshonesta fecundidad. Este hijo suyo se consideró legitimo, únicamente porque se parecía algo al que podia legitimamente ser su padre. Pero como he oido decir á muchos Señores que se han hospedado en esta casa, la semejanza es una prueba muy debil, y solo hace fuerza á ciertos hombres crédulos, que se consideran verdaderamente padres á favor de esta faláz y equívoca suposición. Luego que llegó al uso de la razon, le enseñó su madre quanto habia que saber en la ciencia práctica de las meretrices; en la qual era ella gran maestra. En breve tiempo se mostró diestrísimo y franquísimo en toda especie de bribonería, de manera que no sucedia en Rimini trabesura en que él no hiciese papel. Ciertos mozalvetes vagamundos y perdidos, que querian vivir bien á costa agena, habian echado el ojo á la tienda de un mercader que podia abrirse facilmente. Quedando de acuerdo para asaltarla una noche, convidaron á Ursacio (que este era el nombre del tal Riminense) para que les ayudase, y Ursacio, que no sabia negarse á cosas tan honradas, se agregó gustoso á ellos. Abrieron la puerta lo mas presto que pudieron, y se llevaron todo lo que habia en ella. Mientras iban unos y volvian otros cargando con todo lo que encontraron en la

tien-

tienda, pasó por allí la ronda de los Alguaciles, y viéndola abierta á la media noche con tantos que entraban y salian, sospechando el que mandaba la ronda que sería algun hurto, preguntó: ¿qué venia á ser aquello? Señor, le respondió Ursacio (que sintiendo venir la ronda antes que llegase, habia cogido una escoba, y se habia puesto á barrer): Señor, le respondió, acaba de morir el dueño de esta tienda, y la estamos barriendo por orden del Doctor, el qual por no sé qué respetos mandó, que luego que espirase, se barriese bien, bien, y se llevasen los géneros á otra parte. Eso no puede ser (replicó el Comandante de la patrulla), porque yo no veo aqui llorar á ninguno. Mañana verá su merced llorar á muchos, repuso Ursacio, y diciendo esto, prosiguió barriendo, y la ronda fue su camino adelante. Quando se descubrió por la mañana el robo; el pobre mercader hizo que se verificase bien el dicho del ladron, pues alborotó toda la vecindad con sus clamores, y con su amarguísimo llanto.

Poco despues de este lance supo Ursacio que en un meson de Caballeros se habia dispuesto una gran comida para algunos Señoritos que querian alegrarse y divertirse. Quando le pareció que estaba ya para acabarse la comida, entró en la cocina, y preguntó al mesonero, si los tales y tales, nombrandolos á todos por su nombre, estaban comiendo? Respondióle el mesonero que sí, y que ya estaban en la fruta. Pues bien, le dixo Ursacio, tenme cuidado de

es-

esta capa y de este sombrero , que quiero darlos un chasco. El mesonero no se paró en mas; y Ursacio subiendo á donde estaba la mesa , se fingió un mozo del Meson , y luego que acabaron de comer , levantó los manteles , envolvió en ellos todos los cubiertos , que eran de plata , baxó las escaleras , y tomando su capa y su sombrero , que encontró en un banco á la entrada de la cocina , se fue muy sereno á contar á sus camaradas aquella su nueva hazaña.

Quería nuestro mesonero proseguir la relacion de las proezas de Ursacio ; pero á este tiempo nos pusieron la cena en la mesa , y él nos dexó cenar en paz. Poco despues comenzó el sueño á hacer de las suyas , ahincándonos los ojos , y abriéndonos las bocas para que saliesen los bostezos , con que todos nos fuimos á dormir , sin querer oír mas cuentos. La mañana siguiente proseguimos nuestro viage hasta la gran cabeza del mundo , donde hicimos larga mansion para observar todas las grandes y raras cosas , tanto sagradas como profanas que hay que ver en ella. De aqui pasamos á Nápoles , y de Nápoles queriamos pasar á Sicilia , si la guerra que todavia estaba encendida entre Españoles y Tudescos no nos lo hubiera impedido. No obstante tuve el consuelo de informarme de mi padre y de mi tio , como tambien de los padres de Irene , y al mismo tiempo de lo que se decia de nuestra fuga. Supe con mucho dolor en quanto á mis padres , que ambos habian paga-
do

do á la naturaleza el indispensable tributo de la muerte , y que mientras vivieron , estuvieron siempre inconsolables , no sabiendo mi parade-ro. Lloré amargamente el haberlos quizá anticipado yo el término de la vida , y me arrepentí , pero ya muy tarde , de haberme descuidado tanto en darles noticia de mi persona , como facilmente lo pude hacer desde Viena y Polonia. En punto á los padres de Irene supe que todavia vivian , persuadidos á que se habria casado con Arnaldo , de quien ninguna noticia habian tenido desde que habia marchado á la guerra contra el Turco. Por otra parte el bando que se habia publicado contra mí , estaba ya cerca de su término , de manera que dentro de tres ó quatro meses podia ir á tomar posesion de los bienes que mi padre y mi tio me habian dexado , si las cosas no estuvieran en la confusion en que las habian puesto los dos partidos contrarios que todavia reynaban. En virtud de esto resolví reservar para mejor tiempo el volver á mi patria , á lo que tambien contribuyó , y no poco , la repugnancia que tenia de volver á presentarme en ella sin la compañía de mi querida muger. Estrechándome pues mas y mas con el Baron de Chirchein , retrocedimos á Italia , y atravesando la Toscana , nos embarcamos para Génova. Observamos curiosamente aquella gran Ciudad , verdaderamente magnífica por sus soberbios edificios. Tuvimos particularísimo gusto de ver el palacio Dória , por su riqueza y
por

por su suntuosidad. Estábamos contemplando con admiracion la grandeza, magestad y simetría de aquel incomparable edificio, quando ví con la librea de aquella ilustrísima familia al desgraciado mozo que me habia herido de muerte en mi viage desde Polonia á Dresde. Resolvi inmediatamente dar luego noticia de todo á su amo, y habiendo logrado oportunidad de hacerlo en aquel mismo punto, nos prometió cortesaneamente al Baron y á mí, que al instante dispondria que se asegurase en un calabozo á aquel infame traydor. Con efecto así se executó en el mismo dia, y el infeliz no tuvo la menor dificultad en confesar la alevosia que habia cometido conmigo, y al mismo tiempo otros muchos y muy exêcrables delitos. Añadió que habia solicitado muchas veces á mi Irene, pero que habiéndola encontrado siempre incontrastable, tanto á las amenazas como á las lisonjas, aburrido ya de ella, la habia llevado como arrastrando á Milán, y despues de haberla despojado de todo quanto tenia, la habia dexado abandonada en una hostería de la misma Ciudad, sin haber sabido despues qué se habia hecho de ella.

No quise saber mas, y con sola esta noticia, el Baron y yo partimos volando á la Capital de la antigua Insubria, y despues de haber practicado quantas diligencias nos fueron posibles para descubrirla, finalmente la vinimos á encontrar en casa de la Marquesa de Carvajal, que habia tenido la piedad de recogerla, y encar-

cargarse de su custodia. Consideren ustedes cuáles serian nuestros afectos al vernos y conocernos. Fueron ciertamente muy diversos que los del famoso Oficial y su caprichosa amiga. Ella creyó que soñaba, viendo vivo al que tenia por muerto. Yo creía lo mismo de ella, pareciéndome quimérica la esperanza de hallarla, despues de tantas diligencias inutilmente practicadas. La Marquesa tuvo el mayor gusto de toda su vida, en que yo recibiese á mi esposa de su mano; y habiendonos colmado de dones y regalos correspondientes á su riqueza y á su liberalidad, partimos finalmente de Milán, llenos de contento y alegría. ¡Mas ó! ¡y qué poco duran los gustos de este embustero mundo! A un gran placer siempre está pared enmedio un gran dolor. Me hallé de repente precipitado en un abismo, de que nunca pensé poder salir. Quería yo verdaderamente que volviésemos á Sicilia (y quién sabe si esto hubiera sido lo mejor que podia hacer) con ánimo de presentarme con Irene á sus padres, arrojarnos á sus pies, y pedirles perdon de nuestra fuga, esperando que el gozo de volver á ver á su hija felizmente salva y libre de tantos peligros como nosotros les contariamos, los haria olvidar todos los disgustos que los habia causado nuestra resolucion. Pero considerando que pareceria una especie de grosera ingratitud á la liberalidad de los Monarcas de Polonia, el no ir personalmente á tributarlos nuevamente nuestros

mas humildes respetos, pensé por mi desgracia, que sería mas acertado dar una vuelta á Saxonia, donde se creia hallarse la Corte en aquel tiempo, y mas quando el Baron de Chirchein se nos ofreció á hacernos la costa de este viaje. Hicimosle en fin, y le concluimos en menos de dos meses, y me hallé en Dresde al principio del año de 1720. Supé luego que llegué, que aquellos Soberanos se habian vuelto á Polonia contra todo lo que yo me habia figurado; y ansioso de abandonar quanto antes un país donde me habia tratado tan mal mi adversa fortuna, determiné pasar á aquel Reyno, donde justamente ella me estaba esperando para hacerme probar nuevas, y acaso mas terribles desgracias. Apenas llegué á Franstad, quando me sentí gravemente enfermo: me asistió mi Irene con todo el esmero y amor que yo podia desear, pero fue mi precipicio el Médico que me curaba. Aunque era un hombre ya muy entrado en dias, sentia todavia la llama del amor. Desde la primera vista se enamoró de mi muger, y juzgó el maldito viejo, que para conseguirla con mayor facilidad, era el mas breve atajo despacharme una patente para el otro mundo. Hizo pues que se me preparase un poderoso veneno, baxo el especioso nombre de una preciosa y exquisita medicina, sin que yo supiese los ingredientes de que se componia la bebida. Y para que el específico pudiese explicar mejor su virtud, ordenó que le bebiese por la

mañana en ayunas. La inapetencia y la náusea á toda bebida y comida que me habia causado la enfermedad, me dexaba sin espíritu ni fuerzas para tomar los brebajes ó bebidas de botica, que por lo comun miran con tanta repugnancia los enfermos. Solo con verlas me provocaban al vómito: en virtud de eso, persuadida mi Irene, que me habia de dar la salud aquella bebida, infinitamente ponderada del Médico, para animarme con su exemplo, quiso ella probarla primero; hízolo así la pobrecita, y alargándomela despues, me exórtó á que la bebiese, asegurandome que no tenia mal gusto. Pero lo que á mí me dió la salud, y me conservó la vida, á ella la puso en peligro de perder la suya. No pudo retener mi estómago, ni aun por pocos momentos la pócima mortal. Lancéla toda inmediatamente que la tragué, y con ella lancé al mismo tiempo una gran porcion de materias crudas é indigestas, que eran todo el fermento de mi grave enfermedad. Mas por el contrario mi pobre muger cayó en un gran deliquio; quedóse pálida, trémula, convulsa y con todas las señales de una cercana muerte. No sé si la vista de aquel lastimoso espectáculo, con el intensísimo dolor que me despedazaba el corazon por la pérdida de mi dilectísima esposa, que parecia inminente; ó por la ira que inmediatamente concebí contra el alevoso Físico traydor: no sé, vuelvo á decir, qual de todos estos exáltadísimos afectos, ó si todos juntos pu-

sieron en tan violenta agitacion todos mis espíritus, que de repente me hicieron recobrar todas mis fuerzas. Salté impetuosamente de la cama, vestíme aceleradamente, tomé la espada, y saliendo frenético á la Ciudad en busca del asesino manipulador, le encontré por su desgracia muy cerca de mi casa, quizá por informarse mas presto de lo que iba obrando su ponzoñoso brebaje. Seguramente que el infeliz jamás habria pensado que yo estaria tan pronto á pagarle su traicion; pues primero se sintió pasado de parte á parte con una estocada, que pudiese advertir de qué mano le habia venido aquel regalo. Despues que le dexé tendido, arrebatado de mi frenesí, comencé á correr por aqui y por alli, sin saber lo que me hacia, ni á dónde andaba. Tuve la fortuna de enfilar me por una callejuela que iba á dar en un Monasterio de grande estimacion en aquel Lugar. Me metí en él, y aunque el herido ó el muerto era el Médico del mismo Monasterio, todavia me recogieron y me refugiaron aquellos buenos Monjes; y despues que conté al Superior el motivo que me habia hecho cometer aquel homicidio, se compadeció mucho de mí, y me dió palabra de que me pondria fuera de Polonia sin peligro de probar los rigores de la Justicia. Ya se figurarán ustedes, que dando yo por supuesta la muerte de mi querida esposa, de propósito nunca preguntaria por ella, temiendo que la memoria refrescase la profunda herida

da de mi inexplicable dolor, y que por el mismo motivo la discrecion de aquellos Religiosos, pondria el mayor cuidado en no tocarme semejante conversacion. Fuera de que el dia siguiente dispusieron que saliese del Convento en hábito de la Orden, acompañando á un venerable Monge que iba á predicar la quaresma á la Silesia. Era un hombre muy venerado, respiraba santidad en todo; estaba dotado de una facundia singular, mas que medianamente versado en todo género de erudicion; pero singularmente en la sagrada, y de memoria tan feliz, que tenia muy presentes en ella los mas importantes ó principales lugares de toda la Escritura. Me cobró mucho amor desde el primer dia de nuestro viage, y determinó que me quedase con él, si yo gustaba todo el tiempo que durase su evangélica predicacion. Esto mismo era puntualmente lo que yo deseaba en aquel tiempo de mi mayor desconsuelo: de manera, que apenas llegamos al Lugar donde habia de dar principio á trabajar en la viña del Señor, nos hospedamos en casa del Cura, hombre de bello aspecto y de madura edad. Su mesa era siempre abundante, y el vino que se bebia en su casa era el mejor del país. Llegó el dia primero de las apostólicas tareas del Predicador; subió al púlpito, y predicó sobre la memoria de la muerte, que debemos tener siempre presente: esforzó este asunto con tanta energía, que era mas que suficiente para inspirar en todos un gran desprecio, y aun sumo horror á

todas las que se llaman humanas felicidades. A lo menos yo quedé tan compungido y tan desengañado, que desde aquel mismo punto resolví abandonar el siglo, y retirarme á un escabroso y escondido desierto, distante de todas las ocasiones de pecar, y de todo comercio con los hombres. Parecíame que mi mismo abuelo me estaba llamando con su exemplo á este género de vida; y que las repetidas veces que habia perdido á mi Irene, dexándola la última casi en brazos de la muerte, eran otros tantos avisos de la divina Providencia, la qual me queria en el yermo, ó en un Monasterio, y no en el mundo. Comunicué al Predicador esta mi recién nacida inclinacion: y éste me respondió, que materias de tanto peso debian ser muy consideradas, y nunca practicadas con precipitacion, antes bien era menester ir las entreteniendo hasta que se pudiese lograr una certeza moral, de que no entraba el demonio á enredarnos en algun lazo con sobrescrito de vocacion. Díxome, que este mi pensamiento podia muy bien haber nacido de alguna especie de despecho, en cuyo caso tardaria muy poco en ir detrás de la execucion el tardo arrepentimiento, con notable peligro de la salvacion del alma y de la salud del cuerpo, sin hablar de la inquietud que causaria á mis hermanos en qualquiera Comunidad á que me agregase. ¡O hijo mio! me decia, ¡ cuántos y cuántos he visto aun entre nosotros poseídos al principio de un espíritu de desasimiento de todas las

co-

cosas terrenas, que pasado aquel primer fervor, pasaron tambien ellos del extremo de la observancia al contrario extremo de la relaxacion, echando mil maldiciones al dia en que hicieron la profesion religiosa, y atropellando por ésta con escándalo de los mismos seglares! Estos son aquellos pocos malos Religiosos que hacen tanto daño al buen nombre de los otros, de manera que basta oír el nombre de Frayle ó de Monje, para hacer baxo concepto de la persona, torciendo el hocico con un cierto gesto que suena á desprecio, y aun á vituperio. Así que (prosiguió el buen Religioso) no conviene darse prisa á decir *si* en aquellas cosas en que pasado algun tiempo no se puede decir *no*, atándose á un grupo de ñudos mas indisolubles que el famoso ñudo Gordiano, y echándose al cuello unas cadenas, que llevan arrastrando á la esclavitud de la eterna desesperacion. Por tanto tenga usted un poco de paciencia, espere á que acabe mi quaresma, y entónces consultaremos entre los dos con mayor sosiego el partido que delante de Dios nos pareciere se debe tomar. Hízome fuerza este prudente consejo, conforméme con él, y frecuentando sus sermones sin perder alguno, me pareció que cada dia me confirmaba mas y mas en mi determinacion.

CA-